

EL PROCESO REVOLUCIONARIO PORTUGUÉS Y LA OPOSICIÓN ESPAÑOLA: EL PCE EN LA ENCRUCIJADA

Gregorio Sabater Navarro
Universidad Autónoma de Madrid

Introducción

La presente comunicación se inscribe en el marco de un proyecto de tesis en el que pretendemos identificar los elementos comunes desarrollados en las transiciones ibéricas, analizando el grado en el que ambos procesos políticos se retroalimentaron el uno del otro. Partimos por tanto de la base de que la transición española y la transición portuguesa, aunque esencialmente diferentes –una se produjo por ruptura y otra por reforma–, pertenecieron a una misma corriente, que Huntington denominó como “tercera ola de democratización”.¹

El cambio político que se vivió en el sur europeo durante la década de los 70 pone de manifiesto, a pesar de sus múltiples peculiaridades, que, lejos de lo que la historiografía mayoritaria ha venido reflejando con una perspectiva exclusivamente nacional, parece evidente la existencia de una dinámica europea de distensión dentro de la dialéctica de bloques propia de la Guerra Fría, evidenciando una relajación del conflicto expresada en la Conferencia de Helsinki de 1975 (a pesar del desarrollo de hostilidades posteriores). Este contexto político –junto al económico de crisis capitalista iniciada en 1973–, favoreció el desmoronamiento o reforma de los regímenes autoritarios europeos meridionales basados en la contención anticomunista propia del bloque occidental, algo que coloca en un plano de interacción los acontecimientos acaecidos tanto en la península ibérica como en la helénica, por lo que nuestra investigación lejos de ser otro estudio nacional sobre transiciones constituye una historia europea netamente transnacional enmarcada en la historia del tiempo presente.

Hasta hace poco, la historiografía española no había prestado una atención excesiva a las influencias mutuas entre los estados ibéricos, sobre todo en un periodo tan importante como el que nos ocupa. Así algunos autores como Sánchez Cervelló comenzaron a señalar la importancia que tuvo el 25 de abril² en España, ante la semejanza entre los regímenes autoritarios ibéricos, por compartir un mismo espacio geográfico o por las interconexiones que ambos países han desarrollado tradicionalmente a lo largo de su historia.³ Algo en lo que coincidió Hipólito de la Torre al hablar de la posible existencia de “historias paralelas” en el devenir de ambos Estados. Para este autor, la presencia de una realidad global propia de la Península Ibérica se percibe con bastante claridad desde una perspectiva exterior político-internacional.⁴

De esta manera, diversos expertos han analizado desde este lado de la frontera las influencias concretas de la Revolución de los Claveles en determinados ámbitos de la política y de la realidad hispana del momento. El mencionado Sánchez Cervelló, Encarnación Lemus o Juan Carlos Jiménez Redondo, han diseccionado en muchas de sus obras cómo y en qué grado quedaron afectados distintos compartimentos de la sociedad española, llegando prácticamente a una conclusión cuasi-unánime. Y es que; si para Encarnación Lemus no es posible entender la transición española sin contemplarla precedida por los acontecimientos vividos en Portugal y en Grecia; además de la efectos de la distensión internacional;⁵ para Josep Sánchez Cervelló el golpe de Estado portugués fue fundamental para lograr la transición hispana, mientras que para Jiménez Redondo, lo ocurrido al otro lado de la frontera tendría una fuerte repercusión en la política interna española en el sentido de constituir un acelerador de las demandas democratizadoras.⁶

Encarnación Lemus ha llegado a definir este proceso político común como “transición ibérica”, reconociendo en él dos fases más o menos definidas, una primera de influencia portuguesa en España y una posterior de influencia española en Portugal.⁷

Dentro de la primera fase, Sánchez Cervelló la subdivide a su vez en dos, una situada entre el 25 de abril y finales de septiembre del 74, que se puede considerar como de “influencia positiva” –ya que el nuevo régimen dirigido por Spínola aparecía como una ventana abierta que rejuvenecía y agitaba el enmohecido árbol franquista–, y una segunda etapa; desde septiembre del 74 hasta finales del 75, de “influencia negativa” –ya que la política portuguesa se comenzó a percibir como un caballo desbocado que se precipitaba al abismo. Siguiendo esta línea argumental, en la presente comunicación vamos a intentar desentrañar uno de los principales focos de influencia lusa en el contexto español durante el primer periodo mencionado por Lemus, y es el efecto que el proceso político desarrollado en Lisboa tuvo en el principal partido de la oposición antifranquista: el PCE.

Los estudios genéricos sobre el impacto de la revolución y el proceso político luso en España son, cada vez más, un lugar común, lo que sigue siendo un campo de estudio menor son las aportaciones concretas sobre esta relación. Por lo tanto, al aproximarnos al caso específico del PCE, pretendemos ampliar el conocimiento sobre uno de esos casos concretos sobre los que todavía se hace necesario colocar el foco de la actividad investigadora, y siendo dicho partido la principal organización política de la oposición antifranquista, nos parece indudable el interés de este primer acercamiento al objeto de estudio.

En este artículo partiremos de la hipótesis de que la caída de la dictadura de Caetano influyó ampliamente en la estrategia política del PCE al consolidar su apuesta por la “ruptura democrática” y la creación junto a otras siglas de una plataforma opositora, la llamada “Junta Democrática”, como una versión española de la portuguesa Junta de Salvación Nacional.

Sin embargo, con el transcurso de los acontecimientos en el vecino país –con un PCP muy distante del eurocomunismo del PCE y un proceso revolucionario en curso con claros tintes izquierdistas– el ejemplo luso dejó de ser útil paradójicamente de cara a lograr los objetivos políticos marcados por la dirección: conseguir la unidad antifranquista y situar al partido en una clara posición de moderación democrática tanto para alcanzar la referida unidad –imprescindible para la ruptura– como para contrarrestar la fuerte propaganda anticomunista de

1 Samuel P. HUNTINGTON: *The third wave. Democratization in the late twentieth century*, Oklahoma, University of Oklahoma Press, Norman, 1991.

2 25/04/1974, fecha de la llamada Revolución de los Claveles que acabó con la dictadura portuguesa dando comienzo al proceso de democratización del país y a un difícil proceso de descolonización en sus posesiones africanas.

3 Josep SÁNCHEZ CERVELLÓ: *La revolución portuguesa y su influencia en la transición española (1961-1976)*, Barcelona, Editorial Nerea, 1995, p. 264.

4 Hipólito DE LA TORRE: “Portugal y España: ¿Historias paralelas?”, en Hipólito DE LA TORRE y Antonio PEDRO VICENTE (coord.): *España- Portugal. Estudios de Historia Contemporánea*. Madrid, Edito-

rial Complutense, 1998, p. 135.

5 Encarnación LEMUS: *En Hamelin... la Transición Española más allá de la Frontera*, s.l., Septem Ediciones, 2001, p. 78.

6 Juan Carlos JIMÉNEZ REDONDO: *España y Portugal en transición. Los caminos a la democracia en la Península Ibérica*, Madrid, Sílex, 2009, p. 94

7 Encarnación LEMUS: “Las reacciones de la administración Ford ante el 25 de abril”, en Encarnación LEMUS, Fernando ROSAS y Raquel VARELA (coord.): *El Fin de las dictaduras ibéricas (1974-1978)*, s.l., Centro de Estudios Andaluces, Edições Pluma, 2010. pp. 43-62.

los medios del régimen. Medios que pretendían identificar al PCE como un “lobo con piel de cordero”, un partido totalitario disfrazado con ropajes democráticos.

El espacio temporal en el que se enmarca este trabajo iría por tanto desde la primavera de 1974 hasta noviembre de 1976 aproximadamente, fecha en la que los expertos sitúan la toma de conciencia del PCE sobre la imposibilidad de la ruptura democrática que proponían. El comunismo español pasó en aquel periodo de rechazar la opción “continuista” de Juan Carlos de Borbón, a pretender participar en la reforma que el segundo Gobierno de la monarquía comenzaba a desarrollar. De esta manera, la encrucijada entre ruptura y reforma -debate en el que la cuestión portuguesa constituyó uno de sus ejes- resulta de vital importancia para entender un periodo trascendental en la historia del PCE.

La estrategia de oposición antifranquista del PCE

De cara a identificar la influencia que los acontecimientos desarrollados tras la Revolución de los Claveles tuvieron en la estrategia política del PCE, se hace necesario explicar cuáles fueron los fundamentos programáticos que se venían desarrollando por este partido antes de la primavera de 1974.

En este propósito, el cambio que tuvo lugar en el partido en el año 1956 resulta clave para comprender la evolución ideológica vivida en el seno del comunismo español, iniciando una línea política que perduró hasta principios de los 80 y que marcó por lo tanto la postura desarrollada durante la transición a la democracia en España. Aquel cambio, sin llegar a suponer un corte profundo y absolutamente novedoso respecto a la trayectoria anterior, generó en el partido una dinámica sustancialmente diferente.⁸

Después de unas cambiantes políticas antifranquistas durante los años cuarenta hasta mediados de los cincuenta, el PCE había interiorizado que el proceso hacia el socialismo en España debería pasar necesariamente por un periodo de democracia formal. De esta manera, en el verano de 1956 fue proclamada la base estratégica de lo que se vino a denominar como “Política de Reconciliación Nacional”. En ella, el partido intentó romper con su imagen de fuerza totalitaria realizando una declaración plenamente democrática, posicionándose a favor de una transición política sobre la base del entendimiento entre las fuerzas de izquierdas y de derechas.⁹ Esta praxis se enmarcaba en la línea que una parte de los partidos comunistas occidentales fueron adquiriendo, en donde la democracia fue revalorizada como forma política, entre otros motivos, ante el horror generado por la experiencia fascista, por el lento derrumbe del mito soviético, por la actitud de gran potencia de la URSS y por la constatación de que la vía insurreccional al socialismo se había alejado definitivamente como perspectiva en el mundo desarrollado y democrático.¹⁰

En el caso concreto del PCE, a parte de la influyente crisis del movimiento comunista internacional, la necesidad de articular las alianzas necesarias para acabar con la dictadura; lo que le obligaba, como señala Jesús Sánchez, a ofrecer garantías de un comportamiento democrático al resto de fuerzas antifranquistas con las que mantuvo unas difíciles relaciones hasta el momento, hizo que el partido español acabara abrazando lo que vino a denominarse posteriormente como corriente “eurocomunista”.

8 Jesús SÁNCHEZ RODRÍGUEZ: “Teoría y práctica democrática en el PCE” (1956-1982), en Manuel BUENO, José HINOJOSA, Carmen GARCÍA (Coord.): *Historia del PCE. I Congreso 1920-1977*, Volumen II, s.l., Fundación de Investigaciones Marxistas, 2007, p. 35.

9 Sergio GÁLVEZ y Gustavo SALMERÓN: “Historia de una colaboración y competencia política durante el franquismo: las relaciones PCE-PSOE (1944-1974)”, en Manuel BUENO, José HINOJOSA, Carmen GARCÍA (Coord.): *Historia del PCE. I Congreso 1920-1977*, Volumen II, s.l., Fundación de Investigaciones Marxistas, 2007, p. 47.

10 Jesús SÁNCHEZ RODRÍGUEZ: “Teoría y práctica...”, p. 34.

La vía democrática defendida por el PCE no era una teorización elaborada ni el reflejo de un modelo exitoso en otro país, se trataba más bien de un agregado de nuevas concepciones y cambios. Las partes que conformaban la vía democrática no eran por lo tanto un todo coherente, iban cambiando con el tiempo y no estaban respaldadas por ningún análisis empírico de la realidad. Lo más definido de esta vía se hacía precisamente más por lo que se rechaza que por lo que se proponía. La vía democrática se definía sobre todo por oposición tanto al modelo seguido en la Unión Soviética y las democracias populares, como al modelo socialdemócrata.¹¹

La adopción de esta política permitió al partido aumentar significativamente su infraestructura durante los años sesenta, ayudado por una acción de masas que se canalizó fundamentalmente a través del entrismo sindical de las CCOO, la promoción de sindicatos democráticos en la universidad, la dinamización del movimiento vecinal, la adhesión de profesionales e intelectuales a su proyecto y la apertura hacia los sectores progresistas del catolicismo. La democratización de los espacios sociales, como la universidad o los centros de trabajo, se mostró como una fórmula efectiva para endosar pequeñas derrotas al régimen franquista. Esta eficacia hizo que el partido comenzara a ser considerado como la organización de ámbito nacional preeminente en las luchas políticas del país de cara al periodo trascendental que nos ocupa.¹²

Como señala Juan Antonio Andrade Blanco, si el PCE se convirtió en la fuerza por excelencia del antifranquismo fue porque supo adaptar mejor que nadie su estrategia a las importantes transformaciones económicas, sociales y culturales que se produjeron en España a lo largo de la década de los sesenta.¹³ Estas transformaciones económicas, que vinieron incentivadas en buena medida por el denominado “desarrollismo”, generaron las condiciones de posibilidad para abrir una dinámica de conflictividad social y política que desgastó de manera considerable a la dictadura y que, hegemónizada por el PCE, le sirvió de caldo de cultivo para cobrar fuerza y prestigio.¹⁴

La nueva situación descrita junto al previo distanciamiento del PCE respecto a la URSS, facilitó el inicio de relaciones con la mayoría de fuerzas políticas antifranquistas. De esta manera, el primer organismo unitario de la oposición política no tardaría en aparecer, éste tuvo lugar en Cataluña en 1969 y se trató de la “Taula Rodona de Forces Politiques”, donde se integraron diversas siglas que iban desde la democracia cristiana a los comunistas. Este pacto sirvió como nuevo modelo para la oposición unitaria del interior de España, al promover el diálogo y la convergencia sin exclusiones, la presión de la lucha de masas y un programa de alternativa antifranquista aceptable para todas las fuerzas democráticas. Sin embargo, la experiencia unitaria catalana no llegó a materializarse entonces en una gran plataforma nacional debido a las suspicacias anticomunistas de ciertos sectores de la oposición.

En el verano de 1970 se presentó el llamado “Pacto por la Libertad”, algo que no era solamente una propuesta de unión de fuerzas políticas, sino que se trataba, en palabras del propio Carrillo, de “una alternativa global de libertad política en oposición al régimen franquista”.¹⁵ La derrota del régimen debería gestionarse así en diferentes contextos simultáneos. En primer lugar, era necesario formar un amplio frente entre las fuerzas democráticas y los sectores centristas. Mientras se configuraba este organismo, se debía desactivar los poderes fundamenta-

11 *Ibid.*, p. 41.

12 Sergio GÁLVEZ y Gustavo SALMERÓN: “Historia de una colaboración...”, p. 48.

13 José ANDRADE BLANCO: *El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, Madrid, Siglo XXI, 2012, p. 55.

14 Pere YSÁS: “La crisis de la dictadura franquista”, en C. MOLINERO (ed.): *La Transición treinta años después*, Barcelona, Península 2006, p. 31.

15 Santiago CARRILLO: Informe en nombre del Comité Ejecutivo ante el pleno ampliado del Comité Central, septiembre de 1970, Archivo del Comité Central del Partido Comunista de España (ACCP-CE), Documentación del PCE, Carpeta 51.

les del sistema vigente, como la Iglesia, la Administración o el Ejército. Sólo con su apoyo, o por lo menos con su neutralidad, sería posible que las fuerzas democráticas y los movimientos de masas consiguieran crear las condiciones objetivas para organizar la “Huelga General Nacional”, que llevaría al desplazamiento pacífico del poder franquista por un gobierno de amplia coalición, que estableciera las libertades políticas y convocara las elecciones constituyentes.¹⁶

Bajo este programa, el primer intento unitario en la oposición a nivel nacional tuvo lugar en 1971. Ésta se dio cuando la Comisión Ejecutiva del interior del PSOE decidió terminar con el veto que de forma tradicional venían imponiendo al PCE para asistir a las reuniones de la llamada UFD (Unión de Fuerzas Democráticas). Sin embargo, los celos de los grupos minoritarios y el rechazo del PSOE del exterior a los contactos con los comunistas acabaron por frustrar lo que se vino a denominar “Mesa Democrática”, demostrando que a la unidad antifranquista todavía le quedaba un largo camino por delante.

La revolución lusa y su afeción en el PCE

La búsqueda de la ruptura. Portugal como modelo

Poco después de la medianoche del 25 de abril de 1974 se emitía a través de Radio Renascença la canción prohibida “Grândola, Vila Morena”, era la señal para que el Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA) ocupase los lugares estratégicos de Portugal con el objetivo de poner fin a la larga dictadura implantada en 1926. Lo que inicialmente se pensó que iba a ser un golpe de Estado se convirtió, al poco tiempo, en un pronunciamiento militar dada la escasa resistencia de los partidarios del régimen autoritario. Daba así comienzo lo que la historiografía portuguesa ha denominado como “proceso revolucionario en curso”, un periodo político no exento de tensiones debido a la disputa de diversas corrientes ideológicas dentro del ejército; apoyadas cada una por los distintos partidos del espectro político, para imponer un modelo determinado de país, que iba desde la propuesta de una democracia al estilo occidental del General Spínola, a la república socializante del Coronel Vasco Gonçalves o al modelo revolucionario -más minoritario- del Coronel Saraiva de Carvalho.

Esta disyuntiva, en un Estado miembro fundador de la OTAN y perteneciente al bloque occidental, motivó una clara presión internacional para que el país optara por uno u otro camino, y al mismo tiempo influyó directa o indirectamente en otros procesos políticos -como luego veremos para el caso de España-. Lo que estaba fuera de toda interpretación, más allá de las dudas que generaba el destino final del país, era que la ruptura con la dictadura se había producido con éxito, y que el Estado Novo, la dictadura más longeva de Europa, había dejado de existir casi de la noche a la mañana. Las analogías con el caso español eran por lo tanto inevitables, a pesar de la radical diferencia que suponía contar con un ejército como el portugués, tremendamente ideologizado tras décadas de desastrosa Guerra Colonial y que había constituido el motor de dicho cambio político. Algo que difícilmente podía ocurrir en España, con un ejército fiel en su inmensa mayoría a la figura de Francisco Franco.

Desde el otro lado de la frontera se siguió con enorme atención la sucesión de acontecimientos que tenían lugar en el país vecino durante aquella primavera revolucionaria. La legalización de los distintos partidos políticos, la proclamación de libertades, la formación de un Gobierno Provisional con presencia de distintas fuerzas (incluidos los comunistas) o la promesa de futuras elecciones para un Parlamento constituyente, tuvieron amplio eco en nuestro país. Gran parte de lo recogido en el programa político de los comunistas, madurado tras veinte años de Reconciliación Nacional y Pacto por la Libertad, se estaba tornando en algo tangible, en algo real, a escasos kilómetros de distancia.

Las primeras reacciones en la directiva del partido no se hicieron esperar, el propio Secretario General, Santiago Carrillo, a través de una alocución radiofónica en Radio España Independiente tan sólo tres días después del pronunciamiento del 25 de abril, señalaba que “como comunistas y demócratas españoles, tenemos que saludar con simpatía el movimiento militar que acaba de triunfar en Portugal. Una dictadura fascista hermana gemela de la del General Franco, que ha oprimido durante medio siglo al pueblo portugués, se ha hundido literalmente de la noche a la mañana”.¹⁷

La sorpresa ante el desarrollo de los acontecimientos y del rápido colapso de un sistema dictatorial de cinco décadas en apenas doce horas no podía sino colocar al país vecino como el necesario espejo en donde mirarse. Las similitudes de ambas dictaduras (a pesar de que también contaban con distintos orígenes y formas políticas) era claro, por lo que si en Portugal había sido posible, ¿por qué no en España? Al PCE le había surgido un inmejorable ejemplo en el que volcar sus anhelos de cambio madurados tras largos años de oposición y en el que justificar su estrategia que, aunque exitosa en lo que se refiere a la movilización social contra la dictadura, no contaba con una forma clara de concreción, de materialización práctica de la ruptura. Con la percepción ampliamente positiva que tuvo la Revolución lusa entre la sociedad española, ésta se convirtió en un referente de cara a favorecer el apoyo hacia el cambio planteado por el partido.

El primer análisis del Comité Central del PCE no pudo ser más claro en su referencia a lo acontecido en el país vecino. La intención del partido desde el primer momento fue la de identificar su plan de democratización de España expresado en el anterior Pacto por la Libertad con el proceso que había propiciado el fin del Estado Novo. Y es que para el PCE, el 25 de abril había sido posible gracias a la convergencia de tres elementos: del movimiento obrero y popular -del que era principal exponente el PCP-, de gran parte del ejército ante las consecuencias de una guerra colonial anacrónica y sin perspectiva, y en tercer lugar, de la actitud del sector más dinámico y liberal del capitalismo portugués.¹⁸

Colocar en un primer lugar en este análisis al movimiento obrero y en un segundo plano al que verdaderamente había sido autor del cambio -además de añadir el papel de la parte “dinámica” del capitalismo-, no era sino una forma de analizar los sucesos de abril a través de una perspectiva netamente española. Algo que venía a fortalecer el convencimiento en la idoneidad de las políticas mantenidas por el partido durante largos años. De esta manera, la Revolución de los Claveles sirvió como un elemento reafirmante de las principales propuestas de cambio que el PCE venía realizando desde largo tiempo atrás y que ya hemos detallado en el capítulo anterior. El golpe de abril favorecía la apuesta por la “ruptura democrática” y demostraba al mismo tiempo la inutilidad de los intentos reformistas de ciertos sectores del franquismo.

El dictador depuesto por los capitanes de abril, Marcelo Caetano, había sido el sustituto de Oliveira Salazar en la jefatura del gobierno de la república portuguesa en 1968. Éste había basado su gobierno en una teórica liberalización del Estado Novo de cara a favorecer su propia permanencia en el tiempo, reformismo de corto alcance que provocó justo lo contrario de lo que se proponía, la desestabilización del mismo, agravado todavía más por la costosísima Guerra Colonial y la crisis económica iniciada en 1973. El fracaso del reformismo que suponía la experiencia caetanista fue utilizada por el PCE de cara a desprestigiar, no sólo a las opciones inmovilistas, sino también a los intentos reformistas del franquismo y señalar lo equivocado de la sucesión en el entonces príncipe Don Juan Carlos:

¹⁷ Declaración de Santiago Carrillo, Secretario General del PCE, por Radio España Independiente sobre Portugal (27 de abril de 1974), Archivo Histórico del PCE, Sección Dirigentes, Santiago Carrillo, Sig. 6/1.1.2

¹⁸ Comunicado de la reunión del pleno ampliado del Comité Central del PCE. “Hacia el Postfranquismo”. Introducción (Abril de 1974), Archivo Histórico del PCE, Sección Dirigentes, Santiago Carrillo, Sig. 6/1.1.2.

“Los acontecimientos de Portugal repercuten profundamente en España; la dictadura de Caetano se hunde cuando la del General Franco se encuentra ya en las últimas. ¿Qué enseña lo sucedido en el país vecino? Enseña que ningún régimen, y menos un régimen fascista, es eterno. A corto plazo, y pese que la sucesión se había realizado con normalidad, la dictadura de Oliveira Salazar no ha sobrevivido a él. Una lección para quienes sueñan con que la dictadura franquista pueda sobrevivir a Franco, entronizando en la jefatura del Estado a Don Juan Carlos.”¹⁹

El paso de una dictadura a una democracia de forma rupturista, como proponía el PCE, contaba con serias dudas y miedos entre amplios sectores de la población. El temor a una nueva Guerra Civil, todavía presente en el imaginario colectivo, llevaba a muchos españoles a la desconfianza frente a una opción que implicara el derribo del régimen, aunque éste se produjera pacíficamente y sin derramamiento de sangre. La experiencia del 25 de abril, en donde la ruptura tuvo lugar de una forma incruenta, concedía un importante crédito a la estrategia comunista. Para Carrillo quedaba confirmado que un cambio de esa naturaleza podía realizarse sin enfrentamiento civil, sin prácticamente pérdidas humanas y materiales, casi podría decirse que dentro de un orden perfecto.²⁰

Semejante confianza en las debilidades del régimen y en las fortalezas de la oposición suponía sobredimensionar en gran medida tanto lo uno como lo otro. El régimen evidentemente se encontraba en crisis; en palabras de Carme Molinero y Pere Ysás, “la dictadura estaba tan deteriorada como la salud física del dictador”, pero no lo suficientemente como para perder el control de la situación con unas fuerzas del orden y un ejército leales. La oposición (y principalmente el PCE) controlaba la calle e importantes segmentos de la sociedad que comenzaron a enfrentarse al Estado como ya hemos explicado, llegando incluso a desbordar la situación, pero no contaban con los poderes fácticos como para llevarlo a cabo como había ocurrido en Portugal. En el partido, aunque confiaban en sus posibilidades, eran conscientes de esta relativa inferioridad. De hecho no desconocían la imposibilidad de que el ejército fuera el desencadenante último del cambio en España, de ahí que pensaran en la conflictividad laboral como punta de lanza, algo que ya había sido formulado con anterioridad a través del concepto de la Huelga General Nacional.

Por lo pronto, un año después, en julio de 1975, en un contexto de agudización de la represión franquista ante la incontrolable contestación –pero al mismo tiempo de creciente crisis del régimen– el PCE celebró la llamada II Conferencia, donde se aprobó el Manifiesto-Programa del partido. Democracia, unidad antifranquista y Huelga Nacional eran las piezas esenciales de la misma. En palabras de Molinero e Ysás, “democracia como objetivo, amplia unidad antifranquista como condición para hacerla posible y huelga nacional como instrumento para alcanzarla”.²¹

Los pilares básicos de la formulación opositora del PCE continuaban intactos. La Huelga Nacional seguía siendo por tanto, años después de ser planteada, la vía para la ruptura democrática. La fuerte implantación de CCOO sobre el fracasado modelo sindical franquista hacía de la lucha obrera y su principal herramienta –la huelga–, el esperado desencadenante para alcanzar el final de la dictadura española. Sin embargo, a pesar de que en 1975 el PCE mantenía el mismo esquema de actuación ante el inminente deceso del general Franco, ¿continuaba siendo Portugal el espejo rupturista donde mirarse y donde justificar su praxis?

El distanciamiento del modelo luso

Como algunos autores han señalado en monografías genéricas sobre el tema, tras la radicalización vivida en Lisboa después de la dimisión del General Spínola en septiembre de 1974, el modelo político que se comenzó a implantar en la república portuguesa fue interpretado unánimemente por toda la derecha, el centro e incluso la izquierda moderada, como un proceso que no se debía importar a España.²² Daba así fin el periodo que Sánchez Cervelló denomina como de “influencia positiva” de Portugal, comenzando uno de “influencia negativa” ante el dominio de la situación del sector más cercano al comunismo del MFA, apoyado obviamente por el PCP, tras el fracaso del pronunciamiento de signo moderado liderado por el mencionado Spínola.

Aunque la gran mayoría de la izquierda española valoró positivamente el fracaso contrarrevolucionario espinolista del 28 de septiembre del 74, muchos acabaron discrepando sobre el sentido último de la revolución. Así el PSOE se mostró contrario a las declaraciones maximalistas de Cunhal²³ –que rechazó la democracia burguesa occidental–, y al papel del MFA y su proyecto de democracia popular prescindiendo de los partidos. Mientras, según Sánchez Cervelló, el PCE sólo se mostró contrario a partir de las elecciones portuguesas de abril del 75, al observar cómo el papel del PCP en la deriva revolucionaria era utilizado por la derecha española para desacreditar al comunismo en nuestro país, y de paso, la opción rupturista que éstos planteaban.

Éste último hecho será fundamental para entender el alejamiento consciente del PCE del modelo luso, y más concretamente de sus camaradas del PCP. Como señala Andrade Blanco, la misma apuesta pública del PCE por una estrategia democrática y de moderación, tenía mucho que ver con el deseo de contrarrestar la imagen de partido agresivo que sus adversarios se afanaban, con bastante éxito, en subrayar.²⁴ Algo que se potenció más tarde tras los decepcionantes resultados obtenidos en las primeras elecciones de 1977, que según la tesis del referido autor, motivó una profundización en las posturas eurocomunistas, llegando incluso a prescindir de la denominación “leninista” en el IX Congreso del partido en abril de 1978.

Los comunistas portugueses en cambio nunca se caracterizaron por ser partícipes del revisionismo eurocomunista, de hecho, estaban ampliamente considerados como uno de los partidos más ortodoxos de Europa occidental. A pesar de este aspecto, las relaciones del PCE con sus homólogos fueron satisfactorias en un principio, llevados por la euforia desatada tras el derrumbe de la dictadura; como demuestra el encuentro entre Santiago Álvarez²⁵ y miembros del PCP en Lisboa en mayo del 74 en donde se habló de una serie de encuentros bilaterales entre ambos.²⁶ Sin embargo, las relaciones se fueron tornando un tanto frías y distantes ante la susodicha diferencia de matiz ideológico que les separaba.

Sin embargo, esa frialdad con sus correligionarios portugueses acabó por tornarse en crítica directa al llegar la primavera de 1975, escuchándose las primeras objeciones dentro del PCE hacia el proceso revolucionario luso. La deriva política en el país vecino anteriormente comentada y los intereses particulares del partido teniendo en cuenta la situación que se estaba viviendo en España, rompieron en gran medida el espejo rupturista portugués. Portugal pasaba así de ser un preciado referente de cara a conseguir los objetivos de cambio, a ser un ejemplo perjudicial para el mismo, gracias a la analogía que la propaganda franquista realizaba entre el “desorden” portugués y la hoja de ruta del PCE.

¹⁹ Declaración de Santiago Carrillo, Secretario General...

²⁰ Comunicado de la reunión del pleno ampliado...

²¹ Carme MOLINERO y Pere YSÁS: “El Partido del antifranquismo (1956-1977)”, en Manuel BUENO, José HINOJOSA, Carmen GARCÍA (Coord.): *Historia del PCE. I Congreso 1920-1977*, Volumen II, s.l., Fundación de Investigaciones Marxistas, 2007, p. 29.

²² Josep SÁNCHEZ CERVELLÓ: *La revolución portuguesa y su influencia...*, p. 289.

²³ Secretario General del PCP.

²⁴ José Antonio ANDRADE BLANCO: *El PCE y el PSOE en (la) transición...*, p. 106.

²⁵ Miembro del Comité Central del PCE.

²⁶ Carta de Santiago Carrillo a Alejandro (Jaime Ballesteros) (21 de mayo de 1974), Archivo Histórico del PCE, Sección Activistas España en general, Caja 93, Carp. 49/15.1.

El Vicesecretario General del PCE, Jaime Ballesteros, se percató de esta situación, afirmando que lo que acontecía en Portugal era sujeto de especulación de los reaccionarios, y que por lo tanto, las características del proceso luso en general y la política del PCP en particular “no nos ayudan”. En su opinión, el PCE debía “desmarcarse prudentemente de la orientación del PCP” ya que sus camaradas portuguesas pensaban que estaban haciendo poco menos que la revolución socialista.²⁷ Esta postura era compartida por el mismo Secretario General, que en una carta dirigida a su homólogo italiano Enrico Berlinguer, reconocía que “lo sucedido en Portugal ha venido a reforzar las objeciones (hacia el PCE), con la añadidura de que Portugal es como la *banlieue* de Madrid y cuanto allí sucede nos golpea a nosotros en plena frente”²⁸

Las declaraciones públicas en donde miembros destacados del partido se pretendían desmarcar de cualquier similitud con el país vecino no se hicieron esperar, ya fuera en declaraciones a “Le Nouvel Observateur” criticando el papel del MFA al arrogarse la única legitimidad y de limitar la democracia,²⁹ como en la famosa entrevista que la periodista italiana Oriana Fallaci realizó a Carrillo para la revista “L’Europeo”, en donde el Secretario General declaró que el hecho de que el PCP no respete los resultados de las primeras elecciones portuguesas ganadas por los socialistas, “nos ha afectado mucho, ya que las derechas han dicho en seguida que eso es lo que haríamos los comunistas en España”, por lo que pretendió que quedara bien claro que “España no es Portugal”.³⁰ Esta postura contrasta con la mantenida tan solo un año antes, en la que el propio Carrillo deseaba la “potugalización de España”,³¹ muestra más que evidente del diferente contexto político que rodeó ambas declaraciones y que las condicionaba en un sentido u otro.

Las críticas vertidas por parte de miembros destacados del PCE tanto al PCP como al MFA enemistaron a las dos centrales comunistas ibéricas. De hecho, el propio PCUS quiso mediar entre ambos durante el verano del 75 ante la grave situación política por la que estaba atravesando Portugal, al borde de un enfrentamiento civil por la fuerte presión internacional en contra del gobierno del filo-comunista Vasco Gonçalves, apoyada desde dentro del país por toda la oposición -desde el PS a la derecha- y que al final contó con el soporte del sector moderado del MFA que el 25 de noviembre del 75, mediante un golpe de Estado dirigido por Ramalho Eanes, acabaron por reconducir la situación en sentido pro-occidental.

En esa difícil coyuntura por la que pasó el comunismo luso, las declaraciones surgidas en el seno del PCE fueron consideradas como un ataque inoportuno. Diplomáticos soviéticos afearon a los comunistas españoles las críticas públicas hacia el PCP en un momento tan agudo de su lucha política, ya que causaba perjuicio al partido y a otras fuerzas democráticas del país. De esta manera reclamaron al PCE hacer prueba de solidaridad, de un apoyo eficaz hacia sus compañeros portugueses que se encontraban en una difícil prueba contra las fuerzas de la reacción.³²

Ciertamente, en lo que se refiere a las relaciones con los partidos políticos portugueses, el PCE venía contando con una mayor sintonía con el PS (Partido Socialista) que con sus homólogos comunistas. Incidiendo en esta idea, Juan Carlos Jiménez afirma que el interlocutor habitual de Carrillo nunca fue Álvaro Cunhal sino Mario Soares. Por lo que a pesar de la corrección

27 Jaime BALLESTEROS: Apuntes manuscritos (1975), Archivo Histórico del PCE, Dirigentes, Caja 2/1.2.2.

28 Carta de Santiago Carrillo al Secretario General del PCI, Enrico Berlinguer (Sin fecha exacta, 1975), Archivo Histórico del PCE, Relaciones Internacionales, Caja 142, Carpeta 3.

29 “Elecciones italianas y otros temas”, *Mundo Obrero*, 1 de julio de 1975. En donde se recogen las declaraciones de Santiago Carrillo al *Le Nouvel Observateur*.

30 Entrevista de Oriana Fallaci a Santiago Carrillo del 10 de octubre de 1975. En Oriana FALLACI: *Entrevista con la historia*, Barcelona, Editorial Noguer, 1986, p. 526.

31 Rueda de prensa mantenida por Santiago Carrillo con los corresponsales españoles en París (16 de mayo de 1974), Archivo Histórico del PCE, Dirigentes, Santiago Carrillo, Escritos, Sig 6/1.1.2.

32 Carta del consejero de la embajada de la URSS en París Anatoli Slussar (19 de agosto de 1975), Archivo Histórico del PCE, Relaciones Internacionales, Caja 142, Carpeta 26.

formal que se desarrolló entre ambas directivas en un principio, resulta plausible aseverar una fría relación entre los comunismos ibéricos al poco de transcurrir el proceso revolucionario luso.

A pesar de que el proceso de construcción democrática que se estaba acometiendo en Portugal dejara de servir de modelo al PCE a partir de la primavera del 75; ya que, como hemos dicho, no le resultaba de utilidad de cara a conseguir la “ruptura” en España sino que más bien la perjudicaba, algunos elementos de la política lusa siguieron estando muy presentes en el argumentario del partido, sobre todo los concernientes al fin del Estado Novo y el fracaso del caetanismo, esgrimidos como ariete contra el pretendido reformismo gubernamental.

La muerte del general Franco en noviembre de 1975 y la fracasada experiencia del primer gobierno de la monarquía dirigido por Arias Navarro, no hicieron sino reforzar los ataques contra la opción reformista y el recién estrenado monarca. Para Carrillo, por más planes y declaraciones que hiciera el Gobierno no lograría convencer al país de su autenticidad democrática. “El ejecutivo se encuentra encerrado en el carcavón estrecho de las instituciones y leyes fundamentales de la dictadura, aunque intenten contar con otra fisonomía y se muestren más tolerantes con la oposición, llevan el sello inequívoco del reformismo.”³³

Ante este análisis de la situación, el PCE defendía que para conseguir auténticas libertades democráticas, había que cambiar la política imperante, había que establecer otro poder. Por eso, a la hora de contraponer su alternativa política, los comunistas insistían igualmente en el ejemplo portugués, no tanto en la praxis desarrollada tras el golpe como en la caída de la dictadura reformada. Esperar a que la democracia fuera una concesión del poder y no una conquista, era repetir el caso de los vecinos ibéricos: “Después de Salazar, Caetano. ¿Y luego?”³⁴

La llegada de Suárez en el verano del 76 no presentó variación alguna en los planteamientos de identificación de la reforma con el fracaso caetanista. Sin embargo el partido se percató de que el antiguo Secretario General del Movimiento contaba con mayor determinación que su predecesor, ya que el nuevo Gobierno había pasado de hablar de “reforma” a hablar de transformación democrática, algo que se aproximaba más a los postulados rupturistas de la oposición.³⁵

El último intento del PCE de tumbar a los herederos del franquismo, invalidar la reforma e imponer la ruptura a través de la presión social, tuvo lugar con la huelga del 12 de noviembre de 1976. Según Andrade Blanco, esa movilización fue la última y más parecida iniciativa de Huelga Nacional llevada a cabo hasta el momento. El partido destinó sus mayores esfuerzos a la preparación de dicha convocatoria, pero el Gobierno, consciente de semejante desafío, desplegó su intacto aparato represivo para restablecer el orden al día siguiente. En definitiva, la huelga tuvo un respaldo social muy importante pero no logró imponer su objetivo último.³⁶ Paralelamente, la Ley para la Reforma Política había superado su trámite parlamentario, y se disponía a ser votada en referéndum el 15 de diciembre del mismo año. Un referéndum en el que el PCE defendió la abstención, opción que sólo cosechó un 30% de apoyo, aunque lógicamente, en opinión de Andrade Blanco, la convocatoria estuvo organizada desde el poder y sin garantías democráticas. Sin embargo, el camino de treinta años de estrategia opositora parecía que tocaba a su fin tras el éxito de la misma.

Desde ese momento, la dirección comunista llegó a la conclusión de que una ruptura por la vía del conflicto social directo era inviable, que la negociación era insalvable y que las movilizaciones ya no serían un instrumento de oposición para derribar al gobierno, sino una herra-

33 Santiago CARRILLO: “Sobre la sedicente impaciencia”, *Mundo Obrero*, 20 de enero de 1976.

34 *Ibid.*

35 “De la clandestinidad a la legalidad”. Informe presentado por el pleno del Comité Central del PCE. Roma, (del 28 al 31 de julio de 1976), Archivo Histórico del PCE. Carpeta 57. Subcarpeta Julio 1976.

36 Álvaro SOTO CARMONA: “Comisiones Obreras en la Transición y consolidación democrática. De la Asamblea de Barcelona a la Huelga General del 14D (1976-1988)”, en D. RUIZ (dir.): *Historia de Comisiones Obreras (1958-1988)*, pp. 466 y 467, s.l., s.n., s.a.

mienta de presión en las transacciones que tendrían lugar con el Ejecutivo.³⁷ Así las cosas, la transición por reforma había comenzado y el PCE participaría finalmente en la misma.

Otras influencias lusas: Organismos unitarios de oposición

En el periodo temporal descrito en los apartados anteriores; que discurre entre la caída de la dictadura portuguesa y el referéndum de la Ley para la Reforma Política, la influencia portuguesa no sólo afectó de lleno al debate entre ruptura y reforma del franquismo, o entre las anteriores opciones y el inmovilismo, sino que de forma transversal, la praxis política desarrollada en la incipiente democracia portuguesa empezó a servir de guía para las opciones partidarias que propugnaban un acceso similar a las libertades –o por el contrario a los que pretendían evitar ese modelo y asegurar un acceso distinto y ordenado a la democracia.

En el caso concreto que nos ocupa, la revolución portuguesa actuó –entre otros aspectos– como dinamizador de la histórica búsqueda del PCE en pos de la unidad de la oposición, gracias al inmediato ejemplo de la Junta de Salvación Nacional –en donde participaban socialistas, comunistas y centristas portugueses

Algunos autores ya se han encargado de señalar la importancia de la influencia portuguesa en la consecución del primer gran intento de unidad de la oposición española (a nivel nacional) a través de la llamada Junta Democrática. Un intento finalmente frustrado pues no pudo agrupar a toda la oposición como se pretendió en un principio, pero el hecho de que el PCE pudiera sentirse en una misma plataforma con monárquicos juanistas, el PSP de Tierno Galván, otras personalidades independientes e incluso el Partido Carlista, tras tantas décadas de intentos por parte del comunismo español, nos indica que algo había cambiado en el contexto político del país.

La Junta Democrática, nacida el 29 de julio de 1974, surgió de una dura gestación en la que el PCE intentó denodadamente la adhesión del PSOE tras la fracasada experiencia unitaria de las Mesas Democráticas. Pero ante la imposibilidad de lograr dicho acuerdo por el veto anticomunista de los socialistas, desde mediados de 1973 Santiago Carrillo inició una serie de contactos con diversas personalidades que en un futuro pudieran presentarse como exponentes de la oposición moderada de cara a materializar el Pacto por la libertad del partido. Comenzaron entonces a entablar negociaciones con los monárquicos de Calvo Serer y García-Trevijano, configurando un plan para la creación de una instancia alternativa de poder para sustituir al franquismo.³⁸

La primera reunión de la todavía embrionaria Junta Democrática se realizó el 22 de marzo de 1974, es decir, antes de que se desencadenara el proceso revolucionario luso, por lo que los primeros intentos de organización de la misma corresponden a las propias estrategias unitarias del PCE que venían de tiempo atrás. Sin embargo, la mayoría de autores consideran que la inmediata Revolución de los Claveles, junto al aumento de sensación de crisis del régimen, llevó a Santiago Carrillo a acelerar la maduración de la plataforma opositora, que no por casualidad acabaría adoptando el nombre de “Junta”, al estilo de la Junta de Salvación Nacional portuguesa.

A la hora de diseñar este acuerdo entre diferentes, el Secretario General del partido apelaba directamente a seguir las mismas bases que la Junta portuguesa, “es decir, amnistía para unos y para otros, libertades para unos y para otros –los que acepten el juego democrático– libertad sindical, y que el pueblo decida la forma del régimen político”.³⁹ No es de extrañar por tanto que gran parte de los doce puntos que proclamó la Junta Democrática en su presentación en París hubieran sido aplicados ya en Portugal por la Junta de Salvación Nacional.

La sustitución del Gobierno franquista por un Gobierno provisional decantaba a esta organi-

zación opositora y a sus miembros, alejados de cualquier extremismo o radicalidad, hacia el rupturismo propugnado por el PCE. Ésa era la gran baza de la Junta Democrática. Este hecho llevó a la propaganda del régimen a ensañarse contra esta plataforma, a la que acusaba de favorecer al comunismo y la anarquía, algo que la Junta negó al declarar que lo que proponían no tenía nada que ver con el comunismo, sino con el “orden democrático”. Y es que, para la Junta:

“...quien se pronuncie hoy por las reformas legales en contra de la conquista del poder político de la sociedad por las fuerzas activas de la democracia, no está eligiendo en realidad, una vía más tranquila, más segura y más lenta que conduzca al mismo fin, sino un fin diferente: la continuidad del mismo Estado reaccionario”.⁴⁰

Éste éxito inicial del PCE llevó al PSOE, y al resto de siglas y grupos de la oposición que todavía no se habían integrado en la Junta, a rechazar de primeras su adhesión para no favorecer los intereses políticos del principal partido del antifranquismo. En ese contexto, durante la primera etapa del proceso revolucionario luso, el ejemplo de la Junta de Salvación Nacional sirvió para intentar convencer a estos grupos que sólo a través de la más amplia unidad se podía conseguir acabar con la dictadura. De ahí que el partido pretendiera ampliar su influencia hacia los más diversos sectores, tales como los democristianos, socialistas, liberales, Fuerzas Armadas, sectores de la derecha social o instituciones socio-políticas como los Colegios Profesionales. Careciendo de interés cualquier acercamiento hacia los grupos izquierdistas ya que con ello se temía la pérdida de contacto con los sectores moderados. Por lo tanto, resultaba de vital importancia la conquista de esos grupos “para competir, pública y abiertamente, con el intento continuista de Arias y Juan Carlos”.⁴¹

El periodo de la transición portuguesa que dio comienzo tras el golpe del 28 de septiembre del 74 también afectó a esa búsqueda de unidad. Jiménez Redondo incide en que en el partido empezaron a ser más críticos con sus homólogos portugueses tras observar que lo realizado por los lusos afectaba enormemente, no sólo a la imagen moderada del mismo, sino también a la credibilidad democrática de su proyecto de unidad de oposición, debido a las malísimas relaciones que el PCP mantenía en aquel momento con el PS o el centro-derecha luso.

Quizás por este motivo el PCE se mostró incluso dispuesto a mediar entre el Partido Comunista de Portugal y el Partido Socialista –mediación que se dio durante la primavera de 1975–,⁴² quizás porque entendían que un acuerdo entre la izquierda lusa les beneficiaría indirectamente de cara a contrarrestar la feroz propaganda anticomunista en España, y sobre todo de cara a lograr igualmente la unidad con los socialistas españoles. Sin embargo, la iniciativa contó con escasos resultados pues la enemistad entre Cunhal y Soares se mantuvo en el tiempo.

En cambio, la tan ansiada unión de todas las fuerzas políticas democráticas españolas sólo se terminó por conseguir en la primavera de 1976, tras las numerosas contradicciones al respecto vividas por los grupos minoritarios de la oposición. Vencidos los temores relativos a la competencia con el principal partido de la clandestinidad y el miedo a que el aislamiento hacia el mismo les llevara paradójicamente a la irrelevancia, surgió Coordinación Democrática,⁴³ eso sí, con una sensible rebaja de las aspiraciones previas de la Junta.

³⁷ José Antonio ANDRADE BLANCO: *El PCE y el PSOE en (la) transición...*, p. 67.

³⁸ Sergio GÁLVEZ y Gustavo SALMERÓN: “Historia de una colaboración...”, p. 56.

³⁹ Rueda de prensa mantenida por Santiago Carrillo con los corresponsales españoles en París (16 de mayo de 1974), Archivo Histórico del PCE, Dirigentes, Santiago Carrillo, Escritos, Sig. 6/1.1.2

⁴⁰ Manifiesto de la Reconciliación. Junta Democrática de España (1 de abril de 1975), Archivo Histórico del PCE, Carpeta 56.

⁴¹ Carta de Santiago Carrillo (7 de mayo de 1974), Archivo Histórico del PCE, Activistas España en general, Caja 93, Carp. 49/13.

⁴² Notas manuscritas de la entrevista de Santiago Carrillo con Mario Soares (Marzo de 1975), Archivo Histórico del PCE, Relaciones Internacionales, Caja 142, Carpeta 3.

⁴³ Fruto de la unión de la Junta Democrática y de la Plataforma de Convergencia Democrática, llamada popularmente como *PlataJunta*.

Con la “Platajunta” desapareció la apuesta por un Gobierno de concentración, la alusión a la actividad de masas que debía dinamitar a la dictadura y al mismo tiempo se dejaba una puerta abierta a una posible negociación con el gobierno si éste demostraba su voluntad democratizadora.⁴⁴ Por lo tanto, las posturas rupturistas del PCE quedaron tamizadas ante la búsqueda de la unidad, lo que demuestra la ausencia de maximalismos por parte del partido durante el periodo y la primacía que éste concedió a la consecución de dicho objetivo, a pesar de que este factor tampoco pudo favorecer finalmente el cambio deseado por los comunistas.

Si nos planteamos por qué la Junta Democrática fracasó, algunos de sus artífices, como García-Trevijano, han culpado del mismo al contexto revolucionario del “verano rojo” de 1975, ya que motivó que EEUU y otros países europeos apoyaran al PSOE ante el temor de que el PCE acabara repitiendo lo acaecido en Portugal, consiguiendo de esta manera que el primer gran intento unitario no se llegara a producir.⁴⁵ Así las cosas, el espejo portugués no sólo estuvo presente en la génesis de la Junta, sino que también fue fundamental para entender su final.

⁴⁴ José Antonio ANDRADE BLANCO: *El PCE y el PSOE en (la) transición...*, p. 64.

⁴⁵ Antonio García-Trevijano, 06 de diciembre de 2012, entrevista realizada por Federico Utrera en el marco de los *Diálogos de Somosaguas: España y Portugal cultura y política (y II)*. Libertad Constituyente TV, recuperado de internet (<http://www.diariorc.com/2012/12/06/dialogos-de-somosaguas-espana-y-portugal-cultura-y-politica-yii-lctv-06-dic-2012/>).